

XI.

El gran patio de Escocia.

(*Great Scotland Yard.*)

Placial Estradère era bastante misántropo para no contar con los hombres, y demasiado fatalista para dar gracias al azar, por la ayuda que le había prestado. Ahora sabía dónde podía encontrar á Genoveva.

El domador sabía que era, no ya difícil, sino imposible, el poderse guiar sólo en los barrios negros de Londres, y, por tanto, desde que terminaron los funerales del viejo Bob, se dirigió al punto donde podía obtener socorros: á *Great Scotland Yard*, el «gran patio de Escocia».

La acogida que le había dispensado en la dirección de la policía metropolitana el superintendente Williamson, era bastante para animarle. Placial había dejado á Katchar al cuidado de la colección de fieras. Verificándose por la noche las representaciones, tenía el domador libres los días para ocuparse en buscar lo que tanto le interesaba.

Esta vez se dirigió al despacho del Comisario en jefe (Director general), el coronel Edmond Walcotte Henderson, y allí fué recibido.

Antiguo oficial de ingenieros, y ex-Director general de presidios en Australia, el coronel Henderson, con su elevada estatura, sus ojos chispeantes bajo unas cejas muy pobladas, la nariz larga y el rostro enjuto, pareció al domador el tipo acabado del perfecto caballero.

Recibió á Estradère con una amabilidad exquisita, y movió ligeramente la cabeza cuando el domador le expuso su demanda.

—Nada os será más fácil (dijo) que penetrar en nuestros barrios pobres é interrogar en los refugios y los antros de White-Chapel. Los inspectores de esos establecimientos, que nosotros llamamos los *logis communs*, están allá, y os servirán de guías. Mas nuestros agentes no tienen razón alguna para apoderarse, aunque fuese en el *Campo de la puerta Azul*, de una joven que no ha cometido delito alguno, y que es libre de vivir como le plazca en esta parte de Londres.

—Pero si se ha refugiado allí, Coronel, es porque ha tenido miedo de una existencia más terrible aún.... No se trata de una habitante de los barrios pobres: se trata de una criatura evadida, de una fugitiva....

—Fugitiva, sea. ¡La fuga no es un delito!

—Además, Coronel, yo no os pido que pongáis á mi disposición vuestros agentes, sino sólo que los autoricéis para acompañarme en esos barrios ignorados. En cuanto á traer á la joven, es asunto mío.

El Director general se echó á reír.

—Son curiosos estos franceses, que no dudan de nada, y que vienen á pedirme, como lo ha hecho hace un momento uno de vuestros compatriotas, el derecho de sustituir su acción particular á la acción

de la policía. ¡Una manera especial y sencilla de pedir la delegación de nuestros poderes!

—¿Uno de mis compatriotas ha venido á pedirnos?...—dijo Placial.

—¡Sí, me ha pedido le autorice para intentar en White-Chapel una expedición tan arriesgada como la vuestra!

—¿En White-Chapel, como yo?

—¡Como vos!

—¿Y qué intenta?

—¡Oh! No se trata de una fugitiva, sino de dos marineros que se han escapado del Havre, llevándose la caja del buque.

—¿Dos franceses?

—¡Pardiez! Hay ladrones en todos los países (dijo políticamente el coronel Henderson); y el capitán del buque es el que me ha pedido la autorización para arrestarlos él mismo.

—¿Y esos marineros venían del Havre? Decídmelo el nombre del buque, Coronel, os lo suplico.

—¿Su nombre? El *Mistral*.

Estradère lanzó un grito.

—¡El *Mistral*! ¡El *Mistral*! ¿Es, pues, el capitán Montpezat quien ha solicitado de vos esa autorización?

—Sí, el capitán Montpezat. ¡Se encarga, según me ha dicho, de arrestar él mismo á sus ladrones, con la ayuda de un oficial y dos marineros!

—Si el Capitán se encarga, lo conseguirá sin el socorro de vuestros excelentes y admirables agentes, Coronel. Mas, en verdad, si dos peticiones parecidas se os presentan á la vez, es porque el azar quiere que esas dos expediciones, cuyo objeto es diferente, se lleven á cabo juntas. Tengo el honor

de conocer al capitán Montpezat. El *Mistral* ha sido el buque que ha conducido mi colección desde Río-Janeiro á Francia.

—¡Ah, vive Dios; ya recuerdo! (dijo el coronel Henderson.) ¡Vuestra aventura hizo bastante ruido! Acaso tengáis razón. Entendeos, pues, con el Capitán, á quien he autorizado para intentar la aventura. En ese tenebroso harrio, dondesólo triunfa la fuerza bruta, el Capitán se hará justicia á sí mismo. Vos le acompañaréis y le ayudaréis, y él os ayudará. Esta noche se darán las órdenes á las estaciones de policía para que se os permita circular libremente, y se pondrán á vuestra disposición uno de los inspectores y un sargento, sin cuyo concurso os perderíais con seguridad. Con ellos podréis visitar hasta la más ignorada callejuela. ¿Estáis satisfecho, caballero?

—Sí; muy satisfecho, Coronel, y mi reconocimiento será completo cuando hayáis tenido la bondad de decirme dónde podré encontrar al capitán Montpezat.

—Es justa vuestra pretensión,—dijo el señor Henderson con amable sonrisa.

Y cogiendo rápidamente un pequeño libro donde se hallaban inscritas muchas señas por orden alfabético dijo:

—El Capitán se ha alojado en casa de un francés, *Hotel Dieudonné*, Ryter-Street, muy cerca del teatro de *San James*. ¡Conque que tengáis buena suerte en vuestra expedición! Deseo que encontréis á la fugitiva, y que el Capitán del *Mistral* logre echar la mano á sus ladrones. Por lo demás, yo seré el primero en saber cuanto ocurra, pues si los agentes de Scotland-Yard os dejan obrar, no los

será permitido dejar de averiguar lo que hacéis. No temáis, pues, nada; esto será una vigilancia ejercida sobre vos y vuestros compañeros; pero, en cambio, en un momento dado podrá transformarse en una colaboración.

Pronunciadas estas últimas palabras, el Coronel despidió con un gesto amable á Placial Estradère, quien se retiró persuadido de que en el espacio de pocos días, aquella misma noche acaso, encontraría á la joven que llevaba su nombre.

El domador descendió la escalera del despacho del coronel Henderson, pensando con alegría que iba á ver otra vez al capitán Montpezat, cuya lealtad había provocado en el Havre la confianza de su pasado. Sentía por aquel bravo marino la misma simpatía que el Capitán le había demostrado.

—¡Puesto que juntos hemos llevado á cabo la caza de las serpientes (se decía), juntos haremos de igual modo la caza de los hombres!

Pensando así, Placial atravesaba con paso rápido el patio, cuando de repente se paró, y poniéndose densamente pálido, quedó como clavado al pavimento, delante de una mujer que iba en dirección del edificio que él acababa de abandonar.

Una exclamación de sorpresa que no pudo contener, se escapó de sus labios:

—¡Cecilia!—dijo.

Después repitió en voz baja, hablando consigo mismo:

—¡Cecilia!

Era, en efecto, Cecilia Hervier, pero Cecilia pálida, envejecida, desfigurada por la horrible enfermedad que había tenido; Cecilia, ataviada con uno de esos trajes lujosos ayer, usados y sucios hoy,

que son más horribles y chocantes por la vetusta elegancia que recuerdan, que el humilde vestido del menestral, pues son como la librea de la desnudez hipócrita, cuando no representan el desarreglo y el vicio.

Encantos, belleza, juventud, todo había desaparecido de aquel cuerpo adorable que Placial, enamorado y loco, había estrechado entre sus brazos. Su mirada extraviada, sus mejillas pálidas y salpicadas de señales de la enfermedad variolosa que había padecido, sus labios marchitos y despellejados, hacían de aquella Cecilia por quien había muerto Francisco Lecourbe, una sombra de lo que había sido. Mas Placial la reconoció, y sintió que su corazón se oprimía fuertemente delante de aquel fantasma de su único amor.

Cecilia le reconoció, y retrocedió asustada. Llevó las manos á las sienes, y retiró hacia atrás los cabellos lacios y desordenados que caían en mechones sobre su frente.

Sus ojos azules, de mirada límpida en otro tiempo, y ahora descoloridos y sin brillo, se fijaron en los ojos negros y chispeantes de Estradère, y sin pronunciar una sola palabra, retrocedió temblando, como fascinada.

—¿Dónde vas? (dijo Placial en tono breve.) ¿Tienes miedo?

Esta voz, tan dulce cuando la melancolía le dominaba, como acerada cuando le invadía la cólera, resonó en los oídos de Cecilia como á través de los años.

¡Diez y siete años! Diez y siete años hacía que aquellos dos seres no se habían visto, no se habían encontrado, no habían cambiado una sola palabra.

Y al encontrarse allí, en aquel patio de las oficinas de la policía, el recuerdo del pasado se levantó entre ellos bajo la forma de un cadáver.

¡Al verlos se hubiera creído que Francisco Lecourbe, el amante, el muerto, se hallaba todavía tendido á sus pies!

Cecilia hizo un esfuerzo para recobrar su sangre fría, y lo consiguió.

Su sonrisa, divina cuando el subteniente graduado de artillería iba á comprarla flores, mostró ahora, con una contracción de boca llena de osadía, sus dientes descarnados y amarillentos.

—¿Miedo? ¿Y por qué he de tener miedo?—dijo atrevidamente.

Placial comprendió, al escuchar estas palabras, que en aquella mujer no había ni remordimientos ni dolor. La encontraba tal cual la había dejado, dispuesta á envanecerse de su crimen.

Á pesar del horrible cambio que se había operado en las facciones de Cecilia en los diez y siete años que habían transcurrido, Placial sentía despertarse en su alma todas las emociones del pasado y todos los recuerdos extinguidos. En cambio, ella no pensaba más que en mostrarse altanera delante del hombre á quien tanto temía, y en fingir que le veía con serenidad.

—Sí (repitió). ¿Por qué he de tener miedo?

—¡Oh! (respondió Placial.) No digo que le tengas porque hayas sido una esposa culpable. ¡Ya está olvidado eso..., aunque ambos estemos manchados de una sangre que no se borrará jamás!... Al pedirte hoy cuentas, no he de hacerlo de mi felicidad destruida.... ¡Está ya muy lejos esa felicidad! Te la pido, no obstante, de la vida de una

niña que lleva mi nombre, cuyo nacimiento ignoraba; de la vida de tu hija.

—¿Mi hija? (dijo Cecilia.) ¿Mi hija?... ¿Y quién te ha dicho?...

En su mirada se pintó de nuevo una expresión de espanto, y, á pesar de su audacia, se puso lívida.

—Tú tienes una hija (repitió Placial, dirigiéndole una mirada investigadora). ¿Qué has hecho de ella?

—¡Mi hija! (repitió Cecilia.) ¿Y por qué me preguntas eso?... ¡Tu nombre!... ¡Ah, sí, es verdad; es tu nombre el que le han dado! Era preciso, según la ley.... ¡Pero es mi hija; es....!

El domador no la dejó concluir. La cogió de un brazo con su mano de acero, y, mirándola á los ojos, con sus labios cerca de la frente ya arrugada de la miserable, después de haber mirado á su alrededor, por si alguien podía oírle, la dijo en voz baja y breve, con un acento en que se confundían el sufrimiento y la cólera:

—Escucha, Cecilia. En el drama que ha constituido nuestra existencia, ha habido tres culpables: tú, que me hiciste traición; él, que me engañó, y yo, que me vengué. Pero al lado de esos culpables hay una criatura inocente, que á nadie ha hecho daño, que ha nacido de tu sangre, y que me ha hecho verte de nuevo á ti, sí, á ti, en una visión que ha quedado grabada en mis ojos. ¡Esa criatura me parece que eres tú, joven é inocente, tal como yo te entreveía cuando te amaba, tal como creía que eras, desgraciada! Se llama Estradère como tú y como yo. ¡Sé que por el terror que le has inspirado, esa pobre hija tuya ha huido, ha querido ma-

tarse, y acaso en estos momentos muere la infeliz en algún rincón ignorado de Londres! Ya ves que lo sé todo. Pues bien: á tu vez, has de saber, Cecilia, que si pudiste enloquecer á Francisco Lecourbe y destrozar mi felicidad, ¡no podrás impedirme que vele por esa niña, ¿lo entiendes?, ni que la defienda á pesar tuyo, sin ti y contra ti!

—Tú no tienes derecho á defenderla (gritó Cecilia.) ¡Genoveva es mi hija!

—¡Ah, se llama Genoveva! (murmuró Placial, sonriendo al oír este nombre, como en otro tiempo había sonreído al oír el nombre de Cecilia.) ¡Pues bien! Genoveva me pertenece, puesto que se llama Genoveva Estradère, y la protegeré, ¡sí! ¡la protegeré! —añadió con un acento lleno de convicción.

—¡Protegerla, cuando ni siquiera la conoces! ¡Te repito que es mi hija..., y vengo ahora á las oficinas de policía para pedir que la busquen y me la devuelvan!

—¡Tú, su madre, de cuyo lado ha huido para buscar la muerte! Si hubieras sido una madre para ella, Genoveva estaría aún á tu lado, redimiendo tu pasado, purificando tu conciencia! ¡Pero no has sabido ser madre, como no supiste ser esposa, y por eso no volverás á ver á Genoveva!

—¿Yo? ¿No volveré yo á ver á mi hija?

—¡Antes de ocho días la habré llevado lejos de aquí!

—¿Sabes, pues, dónde está? (gritó Cecilia con exaltación.) ¡Ah! ¡Tú eres quien la escondes, tú quien me la ha robado! ¡Tú! ¡Tú!

—¿No tengo el derecho de llevármela? ¡Bien sea mi hija ó hija de otro, lleva mi nombre, y su deber es seguirme, como el mío es defenderla!

—¡Ah! ¡miserable!.... (dijo Cecilia.) ¡Quiere llevarse mi niña! ¡Se hace cómplice de una hija ingrata que me abandona!.... Pero la policía está ahí..., y yo voy....

Placial miró fríamente á aquella mujer á quien tanto había amado, y con tono sentencioso, le dijo:

—Mi primera gestión al llegar á Londres ha sido pedir al superintendente sir Williamson que hiciese buscar á dos francesas: tú y Genoveva. Hace un momento el coronel Henderson ha puesto á mi disposición sus agentes, para ayudarme á encontrar á Genoveva. Piensa, Cecilia, quién de los dos tendrá derecho de levantar la frente delante de la justicia; ¡si el hombre que busca una niña para salvarla, ó la madre que persigue á una fugitiva para perderla, para arrojarla al lodo de la prostitución!

Cecilia comprendió esta vez que Placial había leído en el fondo de su alma, é inclinando la cabeza, dirigió al domador una mirada de tan rara expresión, que le produjo escalofríos.

Estradère, que en sus largos viajes había visitado algunos hospitales de dementes, y observado los signos característicos que más frecuentemente presentan los alienados, comprendió en un momento que Cecilia tenía perturbada la razón.

Pero lo que Placial había sorprendido en las miradas y en los gestos de Cecilia, duró sólo un instante, pasado el cual se serenó, é irguiendo de nuevo la cabeza, y mostrando su expresión habitual de altanero desafío, dijo:

—¿Es esa tu venganza? ¿Es á mi hija á quien quieres arrebatarme?

—No se trata aquí de venganza, después de diez

y siete años (respondió Placial). Pero quiero que tu hija me explique por qué ha querido morir.

—¡Morir! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que ella ha pensado en suicidarse! Eso es falso. Te han engañado.

—¡El que me ha engañado, comodices, es quien separó á tu hija de la muerte!

—¡La muerte! ¡Genoveva morir! Pero.... ¿está loca esa muchacha? (gritó Cecilia, con expresión extraña.) ¿Puede una mujer matarse á su edad? ¡Á la mía, sí!.... ¡Cuando todò cruje y se desmorona bajo nuestros pies; cuando una envejece; cuando pierde sus encantos y se vuelve fea....; cuando una no ve delante de sí más que la miseria, entonces, y sólo entonces, sí...., debe matarse...., y la que no se mata en tales circunstancias, es por cobardel.... ¡La mujer que no tiene más fortuna que su belleza, debe morir cuando aparezca en su cabeza el primer cabello blanco! ¡Pero se aferra una á esta existencia miserable y vil! ¡Morir ella tan bonita, á los diez y siete años! ¡Imbécil!

Cecilia hablaba con una exaltación y un extravío tales, que Placial la interrumpió, sintiendo que la sangre se helaba en sus venas, y que su cólera se cambiaba en horror.

—¡Calla! (le dijo bruscamente.) ¡Cállate, desgraciada! ¡Cada una de tus palabras me prueba que la pobre niña ha tenido razón para huir! ¡Y soy yo, el marido á quien hiciste traición, quien debe salvar de su propia madre á la hija del adulterio, á la hija á cuyo padre he dado muerte! ¡Vas á saber, miserable mujer, cómo de tu crimen ha resultado un bien para tu hija! Lo que me ha permitido reconocerla en esta inmensa villa en que se halla

perdida, es la marca de tu traición, esa mancha sangrienta que ha señalado con un estigma la frente de tu inocente hija, como hubiera podido hacerlo un hierro enrojecido! ¡La señal de la mancha de sangre con que he salpicado tu frente (y el dedo del domador señalaba la frente de la culpable), que aparece en la de Genoveva en el mismo sitio en que chocó en la tuya el ramo de violetas empapado en la sangre de Francisco!

—¡Sangre!.... ¡Sangre!.... ¡Sí, sangre! (gritó Cecilia, retrocediendo aterrada ante el gesto y la actitud de Estradère, y llevando sus manos á la frente, como para borrar la mancha indeleble.) ¡La sangre de Lecourbel!.... ¡Ah! ¡No me hables, no me hables de eso, Placial! ¡En nombre del cielo, en nombre de Genoveva!.... ¡Si supieras!.... Tengomiedo.... ¡Ah! ¡Está ahí!.... ¡Le veo!.... ¡No fuiste tú quien le mató, fuí yo!.... ¡No me hables de eso! ¡No me hables de eso!

Su fisonomía había cambiado súbitamente, presa de una horrible contracción. Tenía torcida la boca, y la mirada fija.

Placial pensó de nuevo que estaba loca.

Pero esta vez, como las anteriores, el terror de Cecilia duró poco. Con nueva acritud de gesto y de voluntad, sacudió la especie de estremecimiento delirante que la dominaba, y, recobrando su serenidad, dirigió á Placial una mirada insolente y provocativa.

—¡Pues bien! Busca á Genoveva, si tal es tu deseo. En cuanto á mí, la policía no negará á una madre el favor de ayudarla en la empresa de buscar á su hija. ¡Allí me dirán (dijo, señalando el edificio de *Scotland-Yard*) dónde se oculta Ge-

noveva, y dónde pretendes hallarla tú! ¡Adiós!
—¡Hasta la vista!—respondió Placial, mientras Cecilia, con la cabeza erguida, se dirigía al edificio que momentos antes había abandonado él.

Estradère contempló algunos momentos aquella mujer que se alejaba con ceñudo gesto, y moviendo la cabeza, dijo:

—¡Miseria humana! ¡Mi amor, mi fe, mis ilusiones, mis sueños, mi juventud, todo lo era esa mujer! ¡La mano de esa infame ha hecho de todo ello migajas y sangriento polvo!

Y pasando la mano por su frente, como para desembarazarse de una pesadilla, tomó la dirección de la plaza de Trafalgar, diciéndose en voz alta:

—¡Olvidemos el pasado! No pensemos más que en Genoveva. Ahora es preciso que vea al capitán Montpezat.

XII.

Marcha nocturna.

El encuentro de Placial con Cecilia había despertado tan vivamente en el primero los dolorosos recuerdos de su felicidad perdida, que, á pesar del largo tiempo transcurrido, le parecía que la muerte de Francisco Lecourbe había sido el día anterior.

Marchando hacia el *Hotel Dieudonné*, se sentía enternecido. ¡Había amado tanto á aquella mujer! En el fondo de su alma, quizá la amaba todavía, no en su presente, que era siniestro, sino en su pasado. Ó, más bien, á quien amaba era á Genoveva, que no era para él más que una visión, pero la visión de su juventud y de su felicidad pasada.

—Es extraño (se decía al andar); nunca he hablado á Genoveva. ¡Apenas la había apercibido, cuando su imagen desapareció en lontananza, y, sin embargo, tengo sed de verla y de estrecharla en mis brazos, como si verdaderamente fuera mi hija! ¡Miserable! ¿Quién sabe si, en tu debilidad, no es á Cecilia á quien amas en ella? ¡Ah! ¡Cecilia! ¡Cecilia!

Y con el pensamiento transformaba á la Cecilia de hoy, envejecida, flaca y desfigurada, en la Cecilia de otros tiempos, joven, bella, sonriente, co-